

CONTINUACIÓN DE LA CAMPAÑA EN LUZÓN

Las provincias del centro de Luzón, tagalas como las de Manila y Cavite, estaban también dispuestas á la rebelión, y aunque de poca importancia por el armamento escaso y malo que sus núcleos tenían, eran éstos numerosos y debían inspirarme algún cuidado.

Es cierto que allí se habían conservado, por lo menos en apariencia, fieles á España, elementos que habían faltado en Cavite y Manila; que los capitanes municipales en su gran mayoría ayudaban; que los cuadrilleros se distinguían por su entusiasmo por nuestra causa, y que en el país, en general, no reinaba la sobrescitación que se había padecido en las provincias antes dichas; pero también lo es que la vecindad, el contacto con lo principal de la rebelión, con sus jefes; el haber visto que durante tiempo considerable fueron los rebeldes dueños de poblaciones importantes; el presenciar sus éxitos, que si bien pasajeros no dejaron de serlo, y los medios con que contaban, agrandados en su imaginación por falta de conocimientos en material de guerra y asuntos militares, hasta temer la propagación del incendio, y entonces las dificultades para nosotros hubieran aumentado. Teníamos en esas provincias hombres del país prestigiosos, adictos hasta el sacrificio á nuestra causa,

concedores de cosas y personas, que respondían de la tranquilidad de sus comarcas á poco que se les ayudase, y era de presumir que al iniciarse cualquier movimiento en ellas sería fácilmente sofocado.

Durante las operaciones dirigidas por mí en Cavite, y después hasta su ascenso y marcha á Mindanao, el general Ríos, auxiliado por los elementos á que he aludido, logró contener la rebelión en esas provincias, por medios políticos y militares, moviendo sus fuerzas en todas direcciones, dejándolas ver frecuentemente, persiguiendo sin descanso las partidas que se aventuraban en los llanos, preparando emboscadas y pequeños hechos de armas, siempre favorables á nuestra causa, y mezclando el rigor con la clemencia, según los casos, consiguió no distraer mi atención y mis fuerzas cuando me hallaba empeñado en las operaciones principales.

Otro tanto puedo decir del general Montero, desempeñando interinamente el importante mando de Mindanao; supo contener á los moros, no perder una pulgada de terreno, mantener con ellos nuestras relaciones, y esto sin fuerzas, porque las pocas que tenía estaban trabajadas, y en alguna ocasión hubo de recurrir al rigor extremo de la ordenanza, para contenerlas y reducirlas á la obediencia y disciplina.

El general Huertas se impuso igualmente en Joló. Antes de salir yo á operaciones le mandé refuerzos y también á Iligán, para prevenir las conspiraciones en los indígenas. Su tacto y energía contruvieron el mal, quedando tranquilo el territorio de su mando.

Jaramillo, trabajaba en las extensas y ricas provincias de Batangas y Laguna. Con una persecución constante, firotando todos los días á las partidas y destrozándolas cuando hacían frente ó las alcanzaba, contenía el que preponderasen, en el ánimo del país, los elementos hostiles á España, alcanzando que estas provincias no perdieran el carácter de la paz, y que autoridades, clero y todas las clases sociales, permaneciesen en sus puestos y en el regular ejercicio de sus funciones. En el norte de Luzón y en las Visayas, era completa la tranquilidad.

Viendo reducida á la nada la insurrección en la provincia de Cavite, asegurados todos sus pueblos, libres y en poder del ejército las comunicaciones, mejorado el espíritu del país, muy próximo á la vida ordinaria, muertos los principales jefes de la rebelión y deseo de paz en los pueblos, aunque quedaban en otras provincias partidas que, si siempre eran respetables como bandera de enganche, tenían poca importancia por sus medios y armamento, creí de mi deber dar á mi patria un día de respiro, y expedí al Gobierno un cablegrama manifestando que, por entonces, no necesitaba refuerzos.

No creo haber cometido con esto falta alguna; fuera de mí las pequeñas pasiones; me he inspirado siempre en lo que he creído mejor para el servicio de mi país, y ante esto nada me ha detenido y pido á Dios que en lo sucesivo no me detenga.

Encontré á mi llegada la insurrección tagala quebrantada por los triunfos y sacrificios anteriores, pero potente aún, y con las mismas armas que siempre tuvo; dueña de

más de la mitad de la provincia de Cavite, y el país hondamente perturbado y falto de confianza hasta en la misma capital. Los servicios abandonados ó defectuosísimos; y yo debía decirlo para conocimiento del Gobierno y de España, considerando esto como el más elemental de mis deberes.

Gran guerra, acerbas críticas se me han dirigido por no haber solicitado refuerzos. Hasta se ha dicho que yo había contraído con el Gobierno el compromiso de no pedir más fuerzas. ¿Pero hay algún general, algún español, algún hombre honrado, que pueda contraer semejante compromiso? ¿Es posible que aquí, donde todos poseemos el sentimiento de patria en su más pura acepción, se piense esto, y aunque no se piense haya valor para decirlo? ¿Se concibe un Gobierno que exija de sus servidores crimen semejante? No, nada de esto se concibe, y, sin embargo, sucede para ciertas imaginaciones que debo creer están perturbadas: ante la locura y la maldad, mi deber de cristiano y mi patriotismo me obligan á llamar locura á lo que pudiera tener otro nombre.

No necesitaba más fuerzas peninsulares, y así lo dije: la experiencia lo ha demostrado. Dominada la provincia de Cavite; no poseyendo la insurrección ni el más insignificante pueblo; reducida su vida á perpetua condenación en los montes; sin medios ni moral para intentar nada serio, que tal nombre no merecen las correrías que pudieran hacer, y luego intentaron en época de aguas, y esto á costa de durísimos castigos; con fuerzas suficientes y aun sobradas para buscarlos en sus madrigueras, ¿qué me propondría haber con 28 ó 30.000 hombres más? A los que tan ligeramente y con tan poca piedad me han tratado, yo les contestaría: que

esos 28 ó 30.000 hombres, no nos darían una pulgada de terreno sobre lo que poseíamos; que aun suponiendo que nuestra desdichada España estuviese plétórica de hombres y de dinero, para poderle aplicar aquello de «más vale que sobre que no que falte», caso en el que creo no estábamos, hubiese considerado un crimen imponerle sacrificios innecesarios según mi conciencia; que como gobernante, tenía el deber imprescindible de economizar sus tesoros y su sangre, ya que me facilitaba lo suficiente para mi gestión; que el resultado práctico que con tales fuerzas hubiese alcanzado, sería un gasto de 3.000000 de pesos en transportes, más de 1.000000 mensual á que se hubiese elevado el presupuesto de guerra, 400 muertos al mes en hospitales, víctimas de disentería y calenturas, y otros 500 devueltos á la Península como inútiles.

Si hubiese dado lugar á que este tristísimo cuadro se hubiese convertido en realidad, entonces sí que merecería la execración de mis compatriotas, por mi egoísmo, por obrar en contra de mis convicciones, ó por obedecer á debilidades que jamás han tenido, ni tendrán, cabida en mi pecho. He sido, y soy, detractado, calumniado; fácil me hubiese sido convertir en aplausos actitudes hostiles, pero no, no hago ni haré nunca traición á lo que creo útil para mi patria; y si la injusticia y la infamia triunfan, encontrarán en mí, en cualquier ocasión, el valor y la resignación necesarios para recibir sus golpes, pero no para subyugarme, que no he de manchar mi honrada vida y larga carrera, con transigencias indignas de mi carácter y convicciones, digan y hagan cuanto quieran mis enemigos.

Comprendo que antes de empezar las operaciones de Cavite ó durante su desarrollo, si hubiésemos encontrado dificultades, se pudiesen refuerzos para asegurar el éxito de nuestras armas; comprendo que pareciesen pocos nuestros recursos, que se desearan más antes de empeñarnos seriamente en la campaña; pero no me explico cuando todo eran triunfos, cuando de victoria en victoria marchábamos, cuando el país respondía á nuestros llamamientos, cuando las presentaciones se contaban por miles, el pedir nuevos sacrificios á mi pobre patria, y por eso no los he pedido.

Fui á Filipinas á dominar, á vencer la insurrección de los tagalos y la insurrección fué vencida y dominada; no se conocían allí otros enemigos de nuestra dominación y nuestro nombre, y quedaron reducidos; lo mismo hubiera pasado con menor número de fuerzas peninsulares: siempre he tenido más que las necesarias para conseguir mis propósitos y lo que en aquellos días demandaban las necesidades del Archipiélago.

Dejo á un lado las censuras de que he sido objeto por no haber hecho prisioneras á las fuerzas insurrectas. Con el ejército de Xerges se hubieran también escapado. Sólo el desconocimiento de cuantos se han ocupado en esto, puede atribuirme responsabilidades. En todas las guerras irregulares sucede generalmente lo mismo; en las de montañas, son muy raras las excepciones que constituyen copos de fuerzas; y en las de Cuba y Filipinas, por la especialidad del terreno, por los accidentes que presenta, por su vegetación, por la lentitud que nuestra débil naturaleza en aquellos climas

impone á las marchas, y por la falta de confidencias, especialmente en Filipinas, esto es ya imposible.

He manifestado el estado de la guerra al empezar el mes de junio. Mi afán consistía entonces en encerrar á los insurrectos en los montes que ocupaban, Purny, Sibul, Bosoboso, Looc, Biae-na-bató y Araya, ó por lo menos hacer imposible que se proveyesen de víveres para la temporada de aguas. Con fuerzas más ó menos importantes estaban en esas posiciones desde el principio de la rebelión, pero con toda sinceridad declaro, que en los días á que me refiero, se hallaban reforzados, porque al diseminarse en pequeñísimos grupos los de Cavite y filtrarse por entre las columnas que los perseguían, consiguieron distribuirse é incorporarse á esos núcleos, no ejerciendo gran influencia en ellos los prisioneros que hicieron las columnas ni las armas que cayeron en nuestro poder.

Como para llevar á cabo las operaciones en Cavite me había servido únicamente de las fuerzas que encontré en su provincia, sin variar ni un soldado de las posiciones que ocupábamos en las demás, estando ya ésta libre de insurrectos, merodeando en ella únicamente algunas partidas de tualianes, que muy pronto fueron destruidas, pude reforzar con cerca de dos brigadas todas las posiciones que ocupaba nuestro ejército, crear otras guarniciones para favorecer la tendencia que entonces debía animarme, que consistía en forzarles á que saliesen de sus montañas en busca de recursos; pues tenía la seguridad de que aun en el caso de reunirse toda la insurrección para atacar un destacamento, no conseguirían rendirlo, y que serían castigados con rigor en el

ataque y en la fuga, como afortunadamente sucedió, porque contaba, según los hechos irán demostrando, con fuerzas bastantes para auxiliar con columnas los puntos que fuesen atacados.

Obrando así conseguiría debilitarlos en la temporada de inacción para nuestras fuerzas, pues me parecía insensato atenerles en sus montes en época de aguas, que ya iba á empezar, no conduciéndome el intentarlo más que á hacer correr á mis fuerzas peligros de fracasos sin probabilidades de éxitos que mereciesen el sacrificio. Es necesario ver aquellos campos y montes en esa estación, para poder apreciar la dificultad que encierra cualquier operación de campaña.

El cortísimo tiempo de que podía disponer, se aprovechó en aprovisionar todos los destacamentos, dando á los alojamientos de las tropas buenas condiciones de defensa, y en que las columnas á ellos afectas limpiasen de talismanes las comarcas que quedaban á su retaguardia y frente, hasta las mismas entradas de los montes ocupados por los insurrectos.

Las partidas que vagaban por el Songay habían elegido á Talisay como refugio, y por ser este pueblo el único que poseían en todo el Archipiélago, no me pareció prudente que lo conservasen por más tiempo para evitar que adquiriera mayor celebridad ó nombre, y dispuse que fuese ocupado. El día 30 de mayo, fuerzas del general Jaramillo y de Manila le atacaron y tomaron después de un combate sin importancia. Teniendo en cuenta que antes de mi mando había costado el ataque á este pueblo muy sensibles pérdidas en hombres y armamentos, ordené que la posesión fuese permanente, mandando construir un fuerte en las alturas

que le dominan. En esta operación, que apenas nos costó bajas, se recogieron en los montes más de 1.000 familias que regresaron á sus hogares al persuadirse de que no debían temer daño alguno.

Según noticias que se me comunicaban, Aguinaldo y los principales cabecillas, con el grueso de la insurrección, se encontraban en los montes del Puray cerca de Montalván. Este pueblo, perteneciente á la provincia de Manila, estaba casi deshabitado y faltaba también bastante gente de Mariquina y San Mateo.

Consideré indispensable arrojarles de estas posiciones, tanto por el efecto moral que producían con su presencia, cuanto porque situados esos pueblos y posiciones de los insurrectos en la provincia de Manila, pudiera creerse en el exterior, que estaban amenazadas las comunicaciones de la capital, con cualquiera de las restantes de Luzón. Además no debía dejarles prolongar su estancia en tal posición, ni que se fortificasen.

Ordené al general Zappino, como Comandante general de Manila-Morong, que tomase las disposiciones necesarias para lograr lo que me proponía, y al general Ríos, que le facilitara una de sus columnas que debía concurrir á la operación.

El día 14 de junio fueron atacadas las formidables posiciones del enemigo: por el teniente coronel Dujols, de frente, y por el flanco, por el comandante Primo de Rivera. Todas fueron ocupadas, causando al enemigo más de 200 muertos, porque al huir de la columna Dujols, después de tenaz resistencia, daban con la de Primo de Rivera. Nuestras bajas consistieron en 23 muertos y 54 heridos. Muy sensibles fue-

con estas pérdidas, pero era indispensable el sacrificio ante la posición que ocupaba el enemigo. Nuestros soldados se veían obligados á trepar, ayudándose unos á otros, en aquellas rápidas y casi inaccesibles pendientes, siempre difíciles de dominar y entonces más por las lluvias.

El resultado de este combate fué: arrojar á los insurrectos duramente castigados; devolver la tranquilidad y la población á los pueblos de la provincia de Manila y parte de la de Bulacán.

El célebre capitán José Serapio, hombre de grandísima influencia en Bulacán, y que durante la campaña ha estado á nuestro lado prestando servicios valiosísimos, se batió con sus leales voluntarios y sirvió de guía á la columna del comandante Primo de Rivera en su larga y penosísima marcha.

No me explica qué interés haya podido haber en presentar esta jornada como una humillante derrota para nuestras armas. Se ha dicho, para demostrar el desastre, «que había quedado prisionera del enemigo toda nuestra caballería». Afortunadamente la pérdida no fué mucha, porque no llevábamos ninguna.

Asegurada la parte norte de la provincia de Manila con fuertes destacamentos en Marikina, Montalván y San Mateo; guarnecido el Pasig; limpia completamente de insurrectos la de Cavite, y contenidos en Butangas y La Laguna, donde apenas daban señales de vida, las partidas de Rizal y Malvar, conservando únicamente en su poder un campamento en Looc, debidamente vigilado por fuerzas del general Jaramillo, ya que su destrucción no debía intentarse por

entonces, por las dificultades inmensas que la inundación del terreno creaba á la marcha de las columnas, y porque el sacrificio que nos impondríamos al atacar no era proporcionado á los resultados que podían esperarse, dediqué el mes de julio á cercar todas las posiciones de los insurrectos en las provincias de Bulacán, Nueva Écija y Pampanga, dando atención preferente á las que los enemigos tenían en los montes de Arayat, llave de esas tres provincias, y á las de Bahay-Paniqué ó Biac-na-bató, donde existía el gobierno y grueso de la insurrección. Mi objetivo no podía por entonces ser otro que privarles de los recursos que los pueblos pudieran facilitarles, y puesto que en los montes no tenían elementos de vida, obligarles á salir de ellos en su busca, y á combatir, en la seguridad de que cada expedición que se aventurase en los llanos, ó atacase á algún destacamento, sería derrotada. Se reforzaron las guarniciones de Baliuag, Calumpi, San Rafael, San Julián, San Miguel de Mayumo, San Ildefonso, Hobulo, Gapan, Aliaga, San Isidro de Bouyaban, Rosales, Umingan, Carranglan, Cuyapo y otros puntos, estableciendo en ellos una vigilancia excesiva para impedir toda clase de relaciones entre los pueblos y campo insurrecto.

Poco tiempo soportaron la situación que se les había creado. El día 5 de agosto atacaron el pueblo de San Rafael. El Comandante general del centro de Luzón me pedía dos compañías de refuerzo al darne conocimiento del hecho. En vez de ellas, le mandé, por distintas direcciones, tres fuertes columnas á las órdenes del coronel Ibalón, teniente coronel Pastor y teniente coronel Olague, que llegaron oportuna-

mentos, tocándole combatir á la del teniente coronel Pastor en la calzada de Baliuag, cortada por varias trincheras, rechazando al enemigo y causándole grandes pérdidas. También las sufrió al intentar apoderarse del fuerte defendido por el teniente D. Ricardo Monasterio. Nuestras bajas, entre la columna Pastor y destacamento de San Rafael, fueron 44, entre muertos y heridos; las del enemigo, 125 muertos recogidos y mayor número de heridos.

Días después repitió su ataque é intento de saqueo, siempre con el deseo de llevarse víveres á sus posiciones, pero en esta segunda intentona contra San Rafael, no manifestaron la obstinación que en la anterior, exponiendo menos sus fuerzas, que fueron fácilmente rechazadas y encerradas en Biac-na-bató por la columna del comandante D. Alfredo González.

Rechazados y duramente castigados en San Rafael, forzados por la necesidad á proveerse de víveres, eligieron el rico pueblo de Aliaga, para dar un asalto y proveerse de sus abundantes graneros, acumulando sobre él todas sus fuerzas para rendir el destacamento, creyendo que el estado de los caminos y la inundación completa de los campos hacía imposible todo socorro á nuestras fuerzas. En la noche del 3 al 4 de septiembre una numerosa partida cercó el fuerte de Aliaga é incendió los edificios que lo rodeaban, empezando un enérgico ataque que la guarnición sostuvo con decisión y energía.

Tan pronto como llegó á mi conocimiento este movimiento, ordené que el general Nájera, que se hallaba revisando los destacamentos de Nueva Écija, acudiese al auxilio;

que el coronel Monet, que se encontraba entre Bongabon y Santor, hiciese lo propio; y al mismo tiempo organicé en Manila una columna á las órdenes del general Castilla, para que, por Tarlac y San Juan de Guimba, concudiese á la operación.

El día 7, á la una de la tarde, llegó el general Nolasco, que fué herido; pocas horas después llegaba el coronel Monet á las inmediaciones del pueblo, y al día siguiente entraban por distintos sitios en Aliaga las fuerzas del expresado jefe y la vanguardia del general Castilla, al mando del teniente coronel Primo de Rivera, haciendo al enemigo numerosas bajas, rescatando los víveres que se llevaban y los prisioneros que entre los indios afectos á España habían hecho. Esta jornada costó la vida al comandante del destacamento, capitán D. Valeriano García, y nos produjo en total 40 muertos y heridos; las bajas del enemigo fueron muy considerables, sólo en el pueblo se enterraron 86 insurrectos.

Las partidas de Rizal y Malvar, de La Laguna y Batangas, sentían la misma necesidad de aprovisionamiento que las de Bulacán y Nueva Ecija, y eligieron el pueblo de San Pablo para atacar su destacamento y saquearlo. En auxilio acudieron distintas columnas bajo la dirección del general Jaramillo, y de nuevo se frustró el propósito del enemigo ante la tenacidad de los defensores y la rapidez con que llegaron las columnas. El forzar los caminos que los enemigos cortaban con fuertes trincheras, nos costó, como siempre, sensibles pérdidas; entre nuestras bajas tuvimos la del bravo capitán Lecha y 62 muertos y heridos; las del enemigo 250.

Como la estación avanzaba, aproximándose la época de la seca, que me permitiría mover mis fuerzas con menos dificultades que hasta entonces; los voluntarios estaban organizados y ardían en deseos de combatir, y el espíritu del ejército era excelente, decidí, como preliminares del ataque decisivo á las posiciones de Biac-na-bató, apoderarme de todas las que ocupaban los enemigos en el Arayat (Camansi), Minuyán, Puray, Bosoboso y Looc, construyendo en estos puntos y en otros que habían ocupado ó podían ocupar, fuertes blockhaus, cuya capacidad fuese para 20 ó 30 hombres. Mi intención era, y luego realicé, ocupar materialmente toda la sierra que, partiendo del Caraballo, atraviesa las provincias del centro de Luzón, para hacerme dueño de ella y evitar nuevos combates en las mismas posiciones; apoderarme de las acometidas de las montañas y de sus pasos, para hacer imposible la permanencia en ellas de los insurrectos, dándoles constantes batidas hasta aniquilarlos ó obligarles á que se entregasen, dando esto origen á los siguientes combates.

En el Camansi, estribación del Arayat, tenía establecido un campamento el cabecilla Macabulos. Esta abrupta posición fué siempre el refugio de numerosos talismanes, y puede considerarse como la más fuerte después de Biac-na-bató, su acceso es difficilísimo ó imposible de envolver. Encomendé la operación al general Monet, que la realizó en los días 27 y 28 de noviembre, sosteniendo duros combates la columna del bizarro teniente coronel Olaguer. Allí entraron por primera vez en fuego los recién creados voluntarios de Apalit y Macabebes, que con los cazadores del batallón nú-

mero 4, dieron ocho asaltos á las formidables trincheras construidas en la entrada del campamento, cubriéndose de gloria los cazadores al coronarlas.

El general Monet, al dar parte del hecho de armas, hace merecidos elogios de todos, pero muy particularmente del patriota D. Eugenio Blanco, que no solamente se batió con bizarría, sino que se hizo cargo de las familias de los muertos de sus compañías de voluntarios, repartiendo prodigamente recursos entre los que, bajo el amparo de su prestigioso nombre y á sus expensas, combatían por la causa de España.

Ocupada la posición, quedó allí un fuerte destacamento para proteger las obras que los ingenieros debían realizar, según el plan general de ocupación permanente.

Batido Aguinaldo en Puray, en el mes de junio, abandonó esta posición con el grueso de sus fuerzas, quedando allí una guardia para ocupar y reconstruir el campamento que entonces se les quemó. Al calor de este núcleo, é inspirando la posición confianza y seguridad por sus condiciones, fué formándose una partida al mando del cabecilla Licerio.

Para batirla, desalojarla y ocupar permanentemente la posición con arreglo á mi plan, comisioné al coronel D. Camilo Lassala, quien lo ejecutó, el día 2 de diciembre, acertadamente, sin necesidad de hacer entrar en fuego más que su vanguardia, formada por una compañía del 73, mandada por el capitán Sr. Acosta, que murió al ocupar la posición. Los voluntarios de Misamis recibieron su bautismo de fuego aquel día, mandados por el capitán D. Benjamín Ortiz, y en su entusiasmo llegaron á robar las fuerzas de vanguardia.

En las posiciones ocupadas se construyeron dos blockhaus, á los que se les dieron los nombres de Escobar y Acosta, en memoria de estos dos capitanes muertos, el uno en 14 de junio y el otro en 2 de diciembre, al conducir sus fuerzas para el ataque.

Ocupados Arayat y Puray, y siguiendo el plan de encerrar á los insurrectos en Biac-na-bató, para atacarles allí, por último, con todas las fuerzas, y someterles luego á una activa persecución, la posición que debía seguir era la de Minuyan, fuerte montañá donde fué á refugiarse Aguinaldo cuando nuestras fuerzas le arrojaron de Puray, en junio, y donde hubiese sido atacado en julio, para lo que todo estaba dispuesto, si las lluvias y temible inundación no me hubiese hecho desistir ante el temor de un resultado no proporcionado al esfuerzo y pérdidas que debíamos experimentar.

El día 6 de diciembre, con el doble objeto de forzar á los insurrectos á la sumisión que ya tenían anunciada, y de ocupar estas posiciones que facilitaban la toma de Biac-na-bató, ordené al coronel Contreras, jefe de la zona en cuyo territorio está enclavado el monte Minuyan, que dispusiese lo conveniente para ocuparlo, mandándole ingenieros y material suficiente para la construcción del fuerte, una vez conseguido el objeto.

Quedó ocupado Minuyan, monte el más próximo á Biac-na-bató, y de donde hubiéramos partido contra éste, si los sucesos que se venían preparando y que en aquellos días se acentuaron, no hubiesen dado otro giro y otra solución al problema que se estaba resolviendo.

Era para mí evidente que ocuparía Biañ-na-bató como se habían ocupado todas las posiciones enemigas, que derrotaría á los insurrectos, que los arrojaría de cuantos puntos tratasen de defender, pero no podía asegurar que Aguinaldo y su gobierno cayesen en mi poder; y ante el temor de que la guerra se prolongase, y ante las excitaciones de Madrid para terminar cuanto antes, detuve la acción militar y, debidamente autorizado, traté con Paterno, representante de Aguinaldo, en la forma que se verá más adelante.
